

y menos en un Papa. Sin embargo de esto, se halló en sus arcas, despues de su fallecimiento un millon de escudos de oro, y títulos por valor de quinientos mil escudos, cobrados á tres meses; suma destinada para perseguir á los turcos, porque el santo Papa habia resuelto absolutamente abatir su poder. Tenia además cien mil escudos en poder del tesoro, encargado de socorrer las necesidades de los pobres, y trece mil en su cuarto para las distribuciones diarias que hacia por su propia mano. De aqui se infiere con claridad que este virtuoso Pontífice no se dejó dominar jamas de la carne y de la sangre, ó del amor de sus parientes.

Pero limitado á reprimir á los filisteos de la nueva ley sin acabar con ellos, apenas si Pio V. sobrevivió al triunfo de Lepanto. Poco despues sintió que se exacerbaban los dolores de un cólico nevrítico que le atormentaba mucho tiempo habia. Siendo inútiles los remedios ordinarios, solo pensó en prepararse á la muerte con el buen uso de lo que le faltaba que vivir y padecer. Tenia continuamente á la vista, ó á lo menos en su mente, la imagen de Dios padeciendo por nuestra salvacion; y así sufría los dolores mas agudos con un valor y una tranquilidad que eran la admiracion de todos. Habiendo llegado las Pascuas, y á pesar de hallarse ya sumamente débil este infatigable Pastor, á quien tantas ocupaciones de primer orden no servian de obstáculo para instruir por sí mismo á su pueblo, quiso predicar despues de haber visitado, casi siempre á pie, las siete iglesias principales de Roma. En fin, consumido de dolor y de flaqueza, recibió los Sacramentos de mano del cardenal Alejandro su nepote, y tres dias despues, á primero de mayo de 1572, entregó al Señor su santa alma, profiriendo estas palabras de un himno del tiempo: *Quasumus auctor omnium*, etc. Era de edad de sesenta y ocho años, con corta diferencia, y habia gobernado la Iglesia seis años, tres meses y veinticuatro

dias. Por mas santa que fuese la vida de este Pontífice, al cual se honró despues con culto público, no dejó el pueblo de alegrarse de su muerte, á causa de la regularidad severa de sus costumbres. No faltan censores que le han acusado de negligencia en el gobierno y de una confianza excesiva en sus ministros. Si esta crítica fuera exacta, ¿qué podríamos decir sino que la dignidad Pontificia seria una carga pesadísima aun para los mismos ángeles? El sultan Selim, que miraba á este Pontífice como el mas formidable enemigo de la media luna, mandó que se hiciesen regocijos públicos en Constantinopla por espacio de tres dias, luego que recibió la noticia de su muerte. En Roma, despues de tres dias de conclave, que fueron los inmediatos á la muerte del santo Pontífice, fué elegido á 13 de mayo, por sucesor suyo, el cardenal Hugo Buon-Compagno, natural de Bolonia, y tomó el nombre de Gregorio XIII.

Antes que el cardenal Alejandro, gran favorecedor de Hugo en esta eleccion, hubiese salido de Francia, donde estaba en clase de legado cuando supo que el Papa su tio se hallaba peligrosamente enfermo, recibió orden de hacer los mayores esfuerzos para impedir que el rey Carlos IX se uniese con los calvinistas y especialmente que concluyese el matrimonio de su hermana Margarita de Valois con el príncipe de Bearne. El legado desempeñó con fidelidad su comision; y dicen algunos historiadores que habiendo estrechado al monarca hasta ponerle en disposicion de no saber qué responder: «¡Ah señor cardenal! (exclamó el príncipe turbado) ¿por qué no me es dado revelaros todo lo que hay en el asunto? Pronto veriais que no hay cosa mas á propósito que este matrimonio para hacer que triunfe la religion en Francia y esterminar los enemigos de la fe (1). Tengamos un poco de paciencia, y el Padre Santo no dejará de aplaudir mi celo.» Si Carlos IX se esplicó efectivamente en estos términos, daria bastante fundamento para creer, dicen ciertos críticos, que este príncipe habia resuelto la mortandad del dia de San Bartolomé mucho tiempo antes de su ejecucion; pero como lo demostraremos en la Disertacion que insertaremos al fin de este tomo, debe creerse que no prestó su consentimiento para semejante barbarie, hasta que la herida del almirante y el resentimiento de la secta hicieron en cierto modo inevitables las demas escenas de aquella tragedia horrible. Las caricias y las señales de confianza de que se valió para atraer á la corte, los gefes mas peligrosos del partido se dirigian únicamente á tenerlos á sus órdenes, para evitar sublevaciones ó para castigarlos con arreglo á las leyes. «Sin razon se ha supuesto, dice Feller, que el matrimonio de su hermana era un lazo tendido para atraer los hugonotes é inocularlos todos; la resolucion de matar á sus caudillos se tomó súbitamente y fué inspirada por el temor de una conspiracion que se decia haberse fraguado contra el rey, el cual creyó que no habia mas remedio que ó perecer él, ó emplear la violencia para perder á sus enemigos (1). ¡Triste alternativa que la humanidad no puede menos de deplorar!»

La reina de Navarra habia llegado á Paris á mediados de mayo, y murió á 10 de junio, siendo de edad de cuarenta y cuatro años. Esta muerte precipitada fué mirada al principio como efecto de un veneno, no obstante que sucedió en casa de Guillart, obispo herege de Chartres, y que nada pudo descubrirse, por mas averiguaciones que se hicieron, y que la autopsia del cadáver dispuso toda sospecha de ello.

La muerte de Juana de Albret no impidió que se celebrase algun tiempo despues el matrimonio del príncipe de Bearne, el cual tomó entonces el nombre de rey de Navarra; y se celebró la ceremonia con una brillantez extraordinaria. Asistió á ella el almirante, acompañado de muchas personas nobles y magníficamente vestidas. Habiendo visto en las naves de la catedral las banderas que se le habian cogido en Jarnac y en Moncontour, monumentos de la doble victoria conseguida por los católicos contra la heregia, exclamó exaltado su espíritu con sus triunfos imaginarios de Fran-

amaban á los de Guisa y detestaban á los hugonotes. La favorable acogida que se la hizo, y la singular condescendencia que se la mostró al tratar del matrimonio del príncipe, su hijo, no bastaron á disipar todas sus temores. No sucedió lo mismo con el almirante, influado este con la guerra de Flandes, solo pensaba en hacer se rompiese la paz con España, comprendiendo bien que el ayudar á los protestantes de los Países-Bajos á sacudir su yugo era aumentar las fuerzas de su partido y preparar el esclavizamiento de los católicos de Francia. Y si no se efectuaba este rompimiento y si por lo tanto no eran invadidos los Países-Bajos, no vacilaba Coligny en volver de nuevo á suscitar alborotos en Francia y en sumergir otra vez su desgraciada patria en todos los horrores de la guerra civil. Hé ahí los proyectos con que contaba ó asegurar su influencia en el ánimo de Carlos IX, ó robustecer la de que gozaba en su partido.

La reina de Navarra habia llegado á Paris á mediados de mayo, y murió á 10 de junio, siendo de edad de cuarenta y cuatro años. Esta muerte precipitada fué mirada al principio como efecto de un veneno, no obstante que sucedió en casa de Guillart, obispo herege de Chartres, y que nada pudo descubrirse, por mas averiguaciones que se hicieron, y que la autopsia del cadáver dispuso toda sospecha de ello.

La muerte de Juana de Albret no impidió que se celebrase algun tiempo despues el matrimonio del príncipe de Bearne, el cual tomó entonces el nombre de rey de Navarra; y se celebró la ceremonia con una brillantez extraordinaria. Asistió á ella el almirante, acompañado de muchas personas nobles y magníficamente vestidas. Habiendo visto en las naves de la catedral las banderas que se le habian cogido en Jarnac y en Moncontour, monumentos de la doble victoria conseguida por los católicos contra la heregia, exclamó exaltado su espíritu con sus triunfos imaginarios de Fran-

(1) Prol. del Estratag.

(1) Art. Carlos IX.

des: «Pronto se colocarán en lugar de estos tristes vestigios de la discordia, unos trofeos mas dignos de fijar la atención de los franceses.» Como continuase el rey manifestándole una entera confianza, llegó á concebir tales esperanzas que se atrevió á preocupar á un mismo tiempo al monarca contra su hermano el duque de Anjou, de quien tenia celos, y contra su madre la reina. Arreglando con el rey el plan de las operaciones de campaña, le dió á entender que importaba á su gloria no confiar sus tropas á un hermano que cogia los laureles para él solo; que debía mandar por sí mismo sus ejércitos; que ya era tiempo de que saliese de la eterna tutela en que quería tenerle la reina, su madre, con el fin de reinar en su nombre; en una palabra, que debía sacudir el yugo, y mostrar á sus pueblos que era digno de gobernarlos.

Catalina de Médicis, que estaba empeñada en mandar á cualquier costa que fuese, y veia el momento en que, por decirlo así, se la iba á escapar de entre las manos el rey, su hijo, tuvo desde luego con el monarca una conferencia acompañada de caricias y reconveniones, de muchas lágrimas y de grandes demostraciones de ternura; pero no pudiendo prometerse todavía que el rey estuviese bien desprendido del almirante, formó la resolución de indisponer al príncipe con los religionarios, de modo que no pudiesen volver á reconciliarse jamás. Por consiguiente, llamó al duque de Guisa y á los demás príncipes de la casa de Lorena, que habian salido desterrados poco antes como sospechosos á la corte. Volvieron aceleradamente, acompañados del duque de Montpensier, del duque de Nevers y de una comitiva numerosa de personas distinguidas. Enrique de Guisa estaba poseído del espíritu de venganza desde el asesinato del duque Francisco, su padre, cuyas sospechas habian recaído en el almirante, y se creyó no le seria desagradable se castigase un asesinato con otro asesinato; y se pensó que en caso necesario

seria fácil descargar sobre él la responsabilidad del crimen, presentándole como vengador de la muerte de su padre.

Nicolás de Louviers, señor de Maurevert, en la provincia de Brie, se apostó en una casa del claustro de San German de Auxerres, por donde pasaba el almirante al volver del Louvre á la calle de Betizy, donde vivia; y por una ventana cubierta con una cortina, le disparó, á 22 de agosto, un arcabuzazo, cuyas balas le rompieron un dedo de la mano derecha, y le hicieron una herida muy grande en el brazo izquierdo. Sin alterarse Coligny por verse herido, señaló la casa de donde habia salido el tiro, y sostenido de dos caballeros, volvió á su habitación todo ensangrentado. Acudieron á la casa, violentaron las puertas, lo registraron todo; pero ya habia escapado el asesino por una puerta escusada, y solo se encontró el arcabuz.

Luego que recibió el rey esta noticia, exclamó: «¿No me he de ver jamás libre de alborotos y he de estar todos los dias viendo nuevos atentados?» Juró, lleno de indignación, que habia de tomar una venganza terrible. Escitándole mas y mas la reina madre, añadió que aquel delito injuriaba á su magestad misma, y que si quedaba impune, vendría á ser el trono una barrera muy débil contra semejantes excesos. Acompañado el rey de su madre, del duque de Anjou y de una comitiva numerosa, fué á visitar al enfermo, le dió el nombre de padre, le manifestó el mayor interés y ternura, quiso ver la bala que le habian sacado de la herida, se informó de los efectos del plan curativo, y ofreció castigar aquella maldad, mostrándose sumamente irritado contra su autor. En una hora, ó poco menos, que duró esta visita, estuvo Catalina con indecible inquietud, temiendo perder una sola palabra de lo que hablaba Coligny. La reina madre y su hijo predilecto, el duque de Anjou, rodeados de calvinistas, se estremecian al considerar que bastaba una palabra para

perderlos; y cuán fácilmente podia pronunciarse esta palabra por un rey joven, cuyos primeros movimientos eran terribles si se le daba á entender que el crimen que tanto le irritaba era obra de su familia! Pero salieron de este paso peligroso, pretestando que no convenia cansar al enfermo con una conversacion demasiado larga, y engañaron al monarca atribuyéndolo todo al duque de Guisa. Sin embargo, era tan violenta la situacion en que se hallaban, que no podia durar mucho, y temian tanto las noticias que podian adquirirse de un momento á otro que, valiéndose de los artificios convenientes, resolvieron manifestar al rey todo el secreto. El mariscal de Retz, que era dueño de su confianza y tenia el talento de manejarle á su arbitrio, fué desde luego á buscarle á su gabinete, y le insinuó que la herida del almirante no era efecto de sola la venganza del duque de Guisa, sino que su propia madre y su hermano el duque de Anjou, cuya ruina habia resuelto y tramado el almirante, se habian visto precisados á anticiparse á él por el único medio que les quedaba de poner en salvo sus personas. En este mismo instante llegan la reina madre y el duque de Anjou, acompañados del duque de Nevers, del canceller de Birague y del mariscal de Tavannes. Atemorizada y llorosa Catalina, se queja de que no halla seguridad para su propia persona en el reino de su propio hijo, confirma todo lo que habia dicho el duque de Retz, y añade que despues de lo que habia hecho para preservarse, era tal el furor de los hugonotes, que no tanto conspiraban contra el duque de Guisa, como contra la misma persona del rey.

Estas imputaciones, á que daban lugar los discursos imprudentes de muchos calvinistas, fueron confirmadas por todos los señores que se hallaban presentes. Dijeron al rey que habian vociferado públicamente, que si no les hacia justicia, se la tomarian ellos por su propia mano, y que Pardaillan habia tenido la

insolencia de esplicarse así en el cuarto mismo de la reina, mientras cenaba su magestad. Le trajeron á la memoria las palabras indiscretas, el tono orgulloso y amenazadores ademanes del señor de Piles, que habian atemorizado al mismo rey y á todos los católicos de la corte. Aseguraron que no contento el almirante con sus últimas tentativas contra la ciudad de Lyon, habia enviado á la Suiza y á la Alemania, despues de haber sido herido, para solicitar que se le diesen veinte mil hombres. «Y si estas fuerzas (añadió Catalina) se reúnen á los franceses descontentos, en el apuro en que se halla el reino, así de tropas como de dinero, ¿dónde podrá el rey darse por seguro? Por lo demás (continuó dirigiendo la palabra al rey) te advierto que á la primera apariencia de colision entre tí y los religionarios, están resueltos los católicos á elegir un capitán general y coligarse todos contra los hugonotes: de donde resultará inevitablemente que entre los dos partidos te hallarás sin ningun poder ni autoridad en tu propio reino.» Este lenguaje no podia menos de hacer viva y honda impresion en el ánimo del joven rey.

Si hasta entonces habia sido difícil persuadir á Carlos IX, no costó despues poco trabajo el contenerle, pues efectivamente se creía amenazado en el ejercicio de su autoridad y hasta en su vida.

Levántase inmediatamente, lleno de ira y de furor, y dice, profanando el nombre de Dios, segun la mala costumbre que tenia: «Ustedes quieren que se mate el almirante; pues yo quiero que mueran con él todos los hugonotes de Francia, y que no quede ni uno solo que nos eche en cara la muerte de los demás. Disponerse inmediatamente á la ejecucion.» De este modo, movido de la consideracion de atender á su propia defensa, fué conducido á sancionar una resolución extrema.

Asustados con algunos movimientos que veian entre el pueblo, se reunieron los calvinistas al rededor del almirante, ya para defen-

derle en caso necesario, y ya para socorrerse mejor unos á otros. Habiendo pedido Coligny una guardia al rey, le enviaron á toda prisa una compañía del regimiento de guardias, que habia entrado en Paris pocos dias antes, para precaver los respectivos proyectos de los partidos. Con esta ocasion se hicieron instancias á los religionarios para que se fuesen á vivir cerca de la casa del almirante, con pretesto de mayor seguridad, y se mandó á los católicos residentes en aquellas inmediaciones que les cediesen sus casas. Todas estas garantías, ¿no prueban que la matanza de los facciosos no fué un hecho premeditado? Tomóse la última resolución en el palacio de las Tullerías, entre la reina madre, el duque de Anjou, el duque de Nevers, el conde de Angulema, hermano natural del rey, el canceller ó guarda sellos Birague, y el mariscal de Tavannes, y se fijó la ejecución para el dia de San Bartolomé, 24 de agosto de aquel año de 1572. Los pocos momentos que quedaban se emplearon en preparar los medios para llevar á cabo el funesto proyecto. Algunos autores no han vacilado en asegurar que el primer proyecto fué hacer que viniesen á las manos todos los católicos y calvinistas, y que despues de haberse destrozado unos á otros, se echasen indistintamente sobre todos ellos las tropas de la guardia del rey, para esterminar, por lo menos, á los principales gefes de ambos partidos. A la verdad, no hay cosa que no pueda presumirse de la perfidia, y política de Catalina y de su sed insaciable de dominar. Sin embargo, de ello se justificó despues; pero ¿de qué modo? «Por lo que á mí toca (decia), solo me acusa la conciencia de la muerte de seis personas.» ¡Horrible conciencia! ¿De qué atentados no seria capaz, cuando pudo tener sobre sí seis asesinatos con una serenidad tan espantosa?

Sea lo que quiera de las deliberaciones, el resultado fué que el duque de Guisa acabaria con el almirante, fingiendo que temia la

justicia del rey, y que se disponia á salir del reino. Esta ficción le proporcionó la facilidad de ocultar el objeto de sus movimientos con los preparativos de la marcha, y de reunir sus gentes sin causar ningun recelo. Tavannes se encargó de disponer para aquella mortandad, en presencia del rey, al corregidor y á las milicias urbanas, las cuales se horrorizaron al oír que se las destinaba á semejante comisión; pero habiendo insistido el mariscal y el monarca en la necesidad de prevenir con prontas medidas la ejecución de un complot calvinista que echaria por tierra el trono y los altares católicos, comunicóse á los súbditos la indignación del rey y exclamaron: «supuesto que lo quereis así, vos que sois nuestro rey, y vos señor mariscal, os juramos que quedareis servidos. Cumpliremos vuestras órdenes con tanto rigor que se hablará de esta acción por mucho tiempo.» Se les dió por señal de la ejecución el toque á rebato con la campana del reloj de palacio; y para que pudiesen conocerse y reunirse, se les mandó que se pusiesen un pañuelo blanco en el brazo izquierdo, y una cruz del mismo color en el sombrero.

Dada la orden para tocar á rebato, salió el rey de su cuarto, sobrecogido de un secreto horror, y se dirigió hácia la puerta de Louvre á un gabinete, desde donde se puso á mirar á la ciudad con no poco sobresalto. Le acompañaron su madre y hermano para infundirle aliento; pero habiendo oído un pistoletazo, se abandonaron todos tres al terror y al remordimiento; quedaron embargados todos sus sentidos, y representándoseles la horrorosa imagen de los desórdenes y maldades que iban á cometerse, enviaron recado al duque de Guisa para que no se hiciese ninguna tropelia con el almirante.

Pero era ya tarde. Ya habian sido abiertas las puertas de la casa del almirante, y estaba degollado el portero. Para atender á todo, se habia quedado Guisa en el patio con la mayor

parte de los señores que le acompañaban. Beme ó Behem, criado alemán del duque, sube precipitadamente la escalera con varios ministros, no menos feroces que él, y entra en el cuarto del almirante. «Muera, muera (esclaman todos á un tiempo con voces desahoradas).» Descubre Beme al almirante, que se habia levantado de la cama, é iba arrimado á la pared para sostenerse. «¿Eres tú Coligny?» (le dijo)? «Yo soy», respondió el almirante con aquella serenidad que habia manifestado siempre en medio de los peligros. Pero tú, mozo, ¿por qué no respetas mis canas, ó á lo menos el estado de enfermedad en que me hallo? Sobre todo, haz lo que te parezca, que no puedes abreviar demasiado mi vida.» Beme bajó la vista, y le atravesó el cuerpo con la espada; á lo que se siguieron otras mil heridas, y cayó en tierra el almirante nadando en sangre. «Ya murió» (dijo Beme, asomándose á la ventana). «Es menester verlo (respondió Guisa): Mr. de Angulema no quiere creerlo si no lo ve por sus propios ojos.» Echaron abajo el cadáver: le limpió la cara el duque de Angulema para reconocerle, y dicen que llegó al extremo de darle de patadas. Despues de esto hicieron con él cuantos ultrajes son imaginables; le mutilaron del modo mas indigno, y le colgaron por los muslos en las horcas patibularias de Montfaucon. «Así acabó, dice Racine, un hombre que habia llevado por todo el reino las turbulencias y la desolación.» Todas las personas que se recojieron en casa del almirante experimentaron la misma suerte que él, y entre estas el señor de Guerchi, que habiendo sido sorprendido sin tener tiempo para vestirse, cogió con la una mano la capa y con otra la espada, y se defendió mucho tiempo contra los asesinos, cuyo número quizá no habria bastado si no hubiesen ido armados de corazas. Este fué casi el único calvinista que se defendió, pues la mayor parte de ellos, sorprendidos y como helados de espanto, se dejaban degollar sin resistencia. Despues de la matanza, robaron los soldados, des-

trozaron, y se llevaron todas las preciosidades que habia en la casa.

Por lo demás, estos hechos, referidos con odiosa exageración por la mayor parte de los historiadores, no pueden ser creídos con todos sus pormenores por un lector juicioso. ¿Qué fondo puede hacerse en todo lo que se ha escrito acerca del dia *San Bartolomé* cuando se ven contradicciones manifiestas en los historiadores acerca de los puntos mas sencillos? Ellos no están acordes ni acerca de la herida del almirante, ni de su actitud en el momento en que recibió la muerte. Segun D'Aubigné, estaba de rodillas recostado junto á la cama cuando los asesinos entraron; segun De Thou, estaba en pie detrás de la puerta; el autor de los *Hombres ilustres* dice que estaba sentado en su bufete, aguardando tranquilo el golpe fatal; el P. Daniel le supone en una cama, desde donde dice habló con mucha dulzura á Beme. Y unos historiadores inesactos en estos pormenores, y por otra parte en contradicción en los puntos esenciales de la narración, ¿podrán ser creídos sin recelo cuando hablan del número de las víctimas? ¿merecen confianza, sobre todo, cuando, á fuer de calvinistas, están interesados en aumentar el martirologio de su secta?

A fin de justificar á los ojos del pueblo esta justicia irregular ejecutada en nombre del rey con los sectarios rebeldes, corrian por todas las calles con las armas en la mano el duque de Montpensier, el duque de Nevers y el mariscal de Tavannes, publicando en alta voz que el almirante y su secta impía habian formado una conspiración para asesinar al rey y á toda la familia Real, sin exceptuar al rey de Navarra, ni al príncipe de Condé; que los católicos podian esterminar sin escrúpulo á unos traidores que iban ya á cometer el último atentado, y que se habia descubierto la conspiración por un favor particular de la Providencia para con el monarca religioso que les mandaba anunciársele. «No temais, pues, otra